

¿Cómo funciona el corazón?

Sara Vicente Alonso

¿Cómo funciona el corazón? Balanceó el bolígrafo entre los dedos. ¿Cómo funciona el corazón humano? Se humedeció los labios. La lengua de María había pasado por allí anoche. "Concéntrate -dijo el examen-, ¿cómo funciona el corazón?" "Sí, sí, ya te he oído". Tenía una revolución en el pecho. Lo sabía todo sobre sístoles y diástoles, sobre aortas y carótidas; pero se resistía a escribirlo. "¿Cómo funciona el corazón, cómo late? -insistieron las letras sobre el papel- Describe el proceso completo". Comenzó a escribir de pronto.

"El músculo cardíaco es miogénico. El nódulo seno-auricular produce entre 60 y 80 pulsaciones por segundo. Los canales lentos se abren a -58 mV y entonces..." Paró. No le quedó más remedio, pues tenía los pulmones llenos de flores. Golpeteó el suelo del aula Magna con los talones de todos los caminos que empezaba a recorrer, de todo lo que había bailado la noche del jueves. Se llevó una mano a la garganta: la tenía caliente de escupir utopías.

"¡El corazón! -clamó el examen- ¡Se acaba el tiempo, el corazón!" El bolígrafo tembló sobre el papel, lleno de dudas. "..., los canales están abiertos, los iones Na⁺ y Ca⁺ los traspasan, comienza la despolarización... -pero, ¿es así? -, se abren los canales rápidos, el K⁺ sale, la membrana se repolariza -¿seguro que es así?-, en 0,04 s el músculo cardíaco se contrae, agarro a María por la cintura y la beso". "¡No!", la regañó el examen. Típex. "..., la aurícula se contrae, la sangre fluye, en 0,12 s el ventrículo se contrae y espanta a cien mil mariposas, que se van revoloteando hasta el estómago". "¡No, no!" Típex. "..., la..., la sangre fluye..., la sangre..., María..."

- Dos minutos -anunció el profesor.

"¡Se te acaba el tiempo! -se escandalizó el examen- ¿No aspirabas a conocer la vida? ¿No venías a vaciarte de incertidumbres y a hartarte de sabiduría? Escríbeme, sé que sabes, ¿cómo late el corazón? Lléname de verdades".

Respiró hasta oxigenarse el alma. "Sí -decidió-. Sí que sé". Agarró el bolígrafo como si fuera un arma blanca y comenzó a escribir sin resuello.

"Las fibras automáticas generan el potencial de acción, la aurícula se contrae, la sangre fluye a través de la válvula mitral, corro por el campus cuando amanece y así me late el corazón. Se oye el cuarto ruido cardíaco, el ventrículo se despolariza, el músculo se contrae, me encuentro con otras diez mentes inquietas, hablamos del universo y así me late el corazón. Me visto con ella de arco iris. Grito, ¡viva el amor!, la sangre sale del ventrículo y así me late el corazón.

Tras la sístole llega la relajación isométrica, la válvula aórtica se cierra, Erasmus me transporta a otros mundos, me inyecta la lengua con historias y así me late el corazón. El retorno venoso trae la sangre, ¡pero es la biblioteca la que me llena la aurícula! Entro de noche y me voy en la mañana, respiro sus libros, la llamo casa y así me late el corazón. Se me sale la electricidad del cerebro. Cuando la clase es reveladora, cuando leo y pienso, ¡ay, mundo, que te entiendo!, ¡que podría salir a ti y comerte como me como su boca!

Su boca. Su boca llegó y dijo que estaba bien quererse y revivió a otra boca que había muerto de miedo. Me enseñó la galaxia donde yo puedo ser y ella puede ser junto a mí. Ella me abraza.

María me abraza y hace que la sangre fluya, alimenta mi cuerpo, acaricia mi espíritu y así me late el corazón".

- Claudia -el profesor, el doctor en Fisiología Humana, estaba a su lado-, ¿otro 10?

Ella dejó de escribir y le tendió el papel con una sonrisa que bien podría haber recorrido el universo.

- Eso espero -dijo.

Él rio, tomó el papel de las verdades y se alejó satisfecho.

Claudia sintió los brazos de María rodeando su cintura. Su pelo rizado le rozó los hombros cuando se aproximó para susurrarle al oído.

- Me muero de hambre.

Entrelazaron los dedos.

-Tú siempre te mueres de hambre.

Se abrazaron fuerte.

- ¡De eso nada! A veces es de sueño.

Rieron, se besaron.

- ¡María! ¡Claudia! -las llamaron desde la puerta- ¿Pizza?

María asintió con vehemencia, tomó la mano de su amante y corrió hacia su grupo de amigos. Claudia dejó que se llevara aquella mano y con la otra se frotó la espalda para aliviar las dos heridas que le escocían de placer: sus alas que por fin nacían; sus alas, que la llevaban con su gente, con su amor, a compartir una pizza con piña y a vivir una vida sin miedo.